

LA FAMILIA REAL

Más allá de las montañas, en mitad del Gran Océano, existió una vez el reino más maravilloso de todos cuantos hayan existido: el de Turulandia. En él todos eran felices porque el soberano, el glorioso rey Rigoberto V, gobernaba con inteligencia, justicia y bondad. Ayudaba el buen Rigoberto a sus súbditos siempre que era necesario y no le hizo falta jamás ir a una guerra porque era muy amigo de los reinos vecinos. Tanto era así que, a veces, cenaba con otros reyes o jugaba con ellos al parchís, a la oca o a la peonza.

El rey, claro está, estaba casado con la reina, que se llamaba Clotilda VII. Era una buena reina pero, también, una mujer muy presumida y con un poco de mal

genio. Y los dos, por supuesto, tenían una hija, la bella princesa Serafina I, que se llamaba así porque ningún rey puso nunca semejante nombre a su hija.

La familia real era de lo más pintoresca. El rey era bajito y tenía bigote. Tan pequeño era que la corona le estaba enorme y siempre tenía que sujetarla con la mano porque se le iba cayendo por todos lados. La reina, en cambio, era una señora muy oronda y mucho más alta que su marido. Nunca salía del castillo sin pintarse los labios de color violeta, que era su preferido. La princesa, por su parte, era una joven de gran belleza de la que todos en el reino se enamoraban perdidamente. Príncipes de reinos muy lejanos iban a Turulandia solo para besar su real mano y luego volver a casa felices y, también, muy enamorados.

Y todo iba a las mil maravillas hasta que...





QUEJAS REALES

El viernes era el día en el que los ciudadanos podían exponer sus quejas y peticiones al rey. El honorable Rigoberto se sentaba en su real trono, escuchaba atentamente a sus súbditos y les daba una solución a sus problemas, aunque también es verdad que, a veces, se dormía de tanto escuchar. Por suerte, los problemas no solían ser cosas serias: un granjero que se quejaba de que el de al lado le había quitado dos naranjas de su naranjo o algún ganadero que decía que un caballo que había comprado había salido vago y se pasaba el día pastando y conquistando a las yeguas más guapas de lugar, por lo que reclamaba el dinero al vendedor. Cositas sin importancia...

Pero aquel viernes fue especial. No porque fuera fiesta ni nada de eso, sino porque la cola de personas que tenían que quejarse de algo era muy larga y todos parecían coincidir en una cosa: les faltaba algo.

—Majestad —dijo un agricultor con barba blanca—, alguien me ha robado todos los tomates y no puedo hacer ensalada.

—Su Real Majestad —añadió otro, esta vez solo con bigote y sombrero—, no sé quién se ha llevado todas mis alcachofas. ¡Así no hay quien haga sopa de verduras!

—Su Excelencia —le tocó esta vez el turno a un ganadero que tenía cara de estar muy preocupado—, alguien ha exprimido a mis vacas y les ha sacado toda la leche. ¡Ay, qué pena me dan mis pobres vaquitas!

Y siguieron pasando muchos ciudadanos más, todos ellos quejándose porque les faltaba algo: zanahorias, paja, naranjas o limones.

Cuando el periodo de quejas terminó, el buen Rigo-berto tenía un dolor de cabeza muy grande, pero esa es una de las cosas que tiene ser rey. Eso sí, estaba muy preocupado.

—Este asunto de los robos me escama —le dijo a un ministro mientras se colocaba la corona en la cabeza—. Tendremos que ocuparnos de ello porque, a fin de cuentas, eso de robar está muy feo.

—Sabias palabras, Majestad —contestó el ministro haciendo una reverencia tan grande que casi se cae.

Y el rey se fue con la reina porque era la hora de tomarse el café real.